LOS GUANTES DEL COCHERO.

LOS GUANTES DEL COCHERO,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

JAVIER SANTERO.

Representada por primera vez en el Teatro de la COMEDIA el 5 de Enero de 1882.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1882.

PERSONAJES.	ACTORES.
LUISA	Sra. Tubau.
MARIETA	Srta. Gorriz.
ENRIQUETA	Villar.
CRIADA	Morales.
MIGUEL	Sr. Mario.
FERNANDO	Romea.
PORTERO	N. N.
MOZOS DE RESTAURANT	N. N.
CRIADO	N. N.

ACTO 1.°—En casa de Miguel.
ACTO 2.°—En casa de Marieta.
ACTO 3.°—En un palco del Real.

Época moderna.

Á MI AMIGO

GUILLERMO GULLON.

Tú me alentaste en mi primera obra á entrar en el difícil pero glorioso terreno del arte dramático; hoy que obtengo mi tercer éxito te ruego admitas su dedicatoria como prueba del cariño de tu siempre

JAVIER.



ACTO PRIMERO.

Sala de confianza elegantemente vestida, un velador, confidente y piano. Puertas laterales y foro.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon un CRIADO de frac entra con el servicio de café y lo deja en el velador, quedando en escena para servirlo. Salen LUISA del brazo de FERNANDO y detrás MIGUEL, éste se sienta en una butaca y lee *La Correspondencia*, LUISA y MIGUEL se colocan á uno y otro lado del velador, á MIGUEL le pone el CRIADO la taza en una mesita de café.

FERN. Le aseguro á usted, Luisa,
que como nunca he almorzado,
tiene usted un cocinero
envidiable.

LUISA. Sí, no es malo.

FERN. Cómo no es malo, buenísimo,
es un Bismark culinario.

MIGUEL. Corriente, pero si quieres
disfrutar de sus guisados,
es fuerza que no me obligues
á que almuerce tan temprano.

FERN. Chico, yo tengo mi órden
y por nada de él me salgo.
LUISA. Es usté un hombre metódico.
FERN. Por eso me llaman raro,
en cambio Miguel...
MIGUEL. Sí, chico,
yo soy todo lo contrario.
Detesto el órden.
FERN. (Á Luisa.) ¿Y usted?
LUISA. Yo me voy acostumbrando,
es preciso.
FERN. (Pobrecilla,
tan monísima.)
MIGUEL. ¡Canastos!
FERN. ¿Qué hay?
MIGUEL. Que *La Correspondencia*
trae hoy siete asesinatos,
tres suicidios, doce robos,
un fuego y veinte desfalcos...
Digo, irregularidades,
como ahora las llamamos.
LUISA. Si hay una inmoralidad!
MIGUEL. Qué país!
FERN. Y qué paisanos.
LUISA. Va ha haber un nuevo diluvio.
FERN. Ya nos le hubiera enviado
el Señor, como el primero
hubiese servido de algo.
¿No es cierto? (Se rien.)
MIGUEL. Tienes razon.
FERN. Ya lo creo. (Pausa.) ¿Y has hablado
en las Córtes ayer tarde?
MIGUEL. No, llegué, estaban tratando
de presupuestos, y dí
media vuelta.
(Toca un timbre y dice al Criado que entra.)
Los tabacos.
FERN. Yo nunca voy á las Córtes
sino cuando hay un escándalo.
(Encienden los cigarros pidiendo permiso á Luisa con una indicacion.)
Esas sesiones candentes

en que están llenos los bancos
y con cola las tribunas
y hay rumores y hay aplausos
y en que grita el presidente,
órden, señor diputado.
Me encantan.

MIGUEL. Hombre, me choca,
tú que eres tan partidario
del método.

FERN. Sí, en mis cosas;
pero en los demas...

MIGUEL. Ya, vamos.

FERN. Y usted no va á las sesiones?

LUISA. Yo no entiendo.

FERN. Pues es raro,
porque van muchas señoras.

LUISA. Sí, ahora les ha dado
por asistir al Congreso
como si fuera un teatro. (Pausa.)
En el Real no nos vemos.

FERN. Tenemos turno encontrado;
ademas, yo voy muy poco.

LUISA. ¿Sí?

FERN. No soy muy partidario
de la música.

LUISA. ¿De verás?

FERN. Y odio ese género clásico
tan de moda, que segun
dicen los aficionados,
para poderlo entender
hay que estarlo oyendo un año.

LUISA. Tiene usted razon.

MIGUEL. Vaya, éste
siempre tan exagerado.

FERN. Tendré un gusto detestable,
pero soy al ménos franco,
y por seguir la corriente,
aunque me parezca malo,
no me pongo como muchos
á gritar! Soberbio! Bravo!
tan solo porque ha aplaudido
el de enfrente ó el de al lado.

MIGUEL. Á tí te gustan los toros.
FERN. Mucho más.
MIGUEL. Qué desacato!
FERN. Prefiero ver á Frascuelo
recibir un toro bravo,
á oir cantar un tenor
y que se muera cantando.
MIGUEL. Bah, no digas disparates.
FERN. Chico...
MIGUEL. Estás desatinado.
CRIADO. Señor. (Entrando.)
MIGUEL. Qué?
CRIADO. Para qué hora
quiere el carruaje?
MIGUEL. No salgo
esta tarde ¿y tú?
LUISA. Yo sí,
porque tengo que ir al barrio
de Argüelles á ver á los tios
que ayer mañana llegaron.
MIGUEL. Vas á ir en tu berlina?
LUISA. Sí.
MIGUEL. Que enganchen mi caballo
Souvenir.
CRIADO. Para qué hora?
MIGUEL. Tú dirás. (Á Luisa.)
LUISA. Para las cuatro.
MIGUEL. Quieres llevar mi cochero
que sabe mejor guiarlo?
LUISA. No. (Hace seña al Criado que se vaya.)
Permite que me admire.
MIGUEL. ¿De qué?
LUISA. De haberme dejado
á *Souvenir*.
MIGUEL. Es que quiero
te convenzas que no hablo
con pasion cuando te digo
que no hay otro más gallardo,
ni mas ligero, ni más...
LUISA. Convenido, si no trato
de disputarle sus prendas;
pero no me gusta.

MIGUEL. Vamos,
eso lo dices tan sólo
porque no te lo he dejado
llevar en tu coche.

LUISA. No.

MIGUEL. Á que es eso, qué apostamos!

FERN. Es un animal hermoso.

MIGUEL. Con un cuello y unos brazos,
y un instinto que parece
sabe lo que vas pensando,
y tan suave de boca
que un niño puede guiarlo.
Pero en fin, hoy le he ofrecido
al marqués de Castel-Blanco,
el vendérselo en mil duros
si llevándolo enganchado
en tu coche, todavía
odias á mi pobre bayo.

LUISA. Creo se lo venderás.
¿Pero y tú?

MIGUEL. Ya hice el encargo,
y me envian un pursang
de tres mil duros.

FERN. Diablo.

LUISA. ¡Qué locura!

MIGUEL. Vaya, hija,
que lo sería declaro
si no tuviese fortuna
para poder sustentarlo.
Pero puesto que á Dios gracias,
de mis fondos el Estado
permiten tenga ese lujo,
por qué privarme...

LUISA. No trato
de contrariarte, mas pienso
puede tenerse un caballo
por mucho menos dinero
de lo que ese te ha costado,
y enjugar con lo demas
lágrimas de desgraciados.

MIGUEL. Vaya, la cuestion de siempre.

LUISA. Déjalo, no discutamos.

FERN. Cada cual piensa á su modo.
MIGUEL. Si yo nunca he censurado
que dé á los pobres.—Pero hija,
no les vayas á dar tanto
que hagas con tanta limosna
el que nosotros seamos
los pobres.
FERN. (Tocando con la cucharilla en la copa.)
Vaya, se dá
el punto por terminado. (Pausa.)
Hace un tiempo...
LUISA. Detestable.
FERN. Aburre un tiempo tan malo.
LUISA. Sí. (Pausa.) Antes de ayer le ví á usted.
FERN. Á mí.
LUISA. Sí, acompañando
á una señora...
FERN. ¡Ah! mi hermana.
LUISA. Es muy hermosa.
MIGUEL. Canario,
no se parece, de fijo,
si es tan hermosa á su hermano.
FERN. Mil gracias. (Pausa. Luisa se levanta.)
LUISA. Vaya, les dejo.
FERN. Pero se pasó el enfado?
LUISA. Yo enfadarme, no señor,
pero mientras los cigarros
acaban, me voy á dar
una vuelta por mi cuarto. (Sale.)

ESCENA II.

MIGUEL y FERNANDO.

FERN. Es preciosa.
MIGUEL. No lo niego.
FERN. Y tan buena.
MIGUEL. Demasiado.
FERN. Y tú un pillo.
MIGUEL. Hombre, de veras!
FERN. Que no te mereces.
MIGUEL. Vamos.

Me vas á echar un sermon.

FERN. Tal vez.

MIGUEL. Eres un diablo
predicador, excelente,
la moral siempre en los labios;
pero en cuanto á practicarla...

FERN. Ya sabes que hay un adagio
que dice: «has lo que te digo
y no hagas lo que hago.»

MIGUEL. Bueno, basta de moral
y de refranes, y al grano.

FERN. Al grano.

MIGUEL. Pero ante todo
dime, de dónde has sacado
esa hermana.

FERN. Pero, hombre...
Toda mujer que acompaño
en la calle... Si me ven
y me preguntan...

MIGUEL. ¡Ya! Vamos.

FERN. Les contesto que es mi hermana.

MIGUEL. Me parece bien pensado:
tambien yo del parentesco
uso algunas veces hago.

FERN. Mi hermana, siempre mi hermana.

MIGUEL. Eres un pillo muy largo.

FERN. Para algo me ha de servir
tener por maestro un gallo...
(Dándole en el hombro.)

MIGUEL. ¿Gallo? Pues, hombre, parece
que te llevo tantos años.

FERN. Lo ménos me llevas diez,
y yo tengo veinticuatro.

MIGUEL. Pero no los represento.

FERN. No, si no fueras echando
abdómen.

MIGUEL. ¿Abdómen? (Tocándose el id.)

FERN. Sí.

MIGUEL. Hombre... (Enderezando la cintura.)

FERN. Y quedándote calvo.

MIGUEL. ¿Calvo?

FERN. Por más que con maña

lo ocultes con el peinado
de recurso.

MIGUEL. Pues así
y todo.

FERN. Qué?

MIGUEL. Te desbanco
cuando quieras.

FERN. Calla, hombre,
si ya acabó tu reinado.

MIGUEL. Bien, vamos ahora á otro asunto.

FERN. Ya te escucho.

MIGUEL. Es necesario
que esta tarde me convides
á comer.

FERN. Bien.

MIGUEL. Al teatro.

FERN. Corriente.

MIGUEL. Y despues á ver
á el ministro en su despacho.

FERN. Á el ministro! No comprendo.

MIGUEL. (*Mirando á ver si escuchan.*)
Pero, hombre, que he preparado
esta noche con Marieta
y con su amiga Rosario,
que vayamos á comer
y á cenar despues á un palco
en el baile del Rëal.

FERN. Ya.

MIGUEL. La digo que no salgo
á mi mujer esta noche
para pasarla á su lado.
Pero vienes, me convidas,
me resisto; sin embargo,
tú me dices que es preciso
porque me están esperando
para hablarme unos amigos
que vienen con un encargo
especial para el gobierno,
y yo, como diputado
por el distrito, no puedo
el negarme á acompañarlos
á ver al ministro. Yo

envío á todos los diablos,
á ministros y electores,
echo mil pestes del cargo,
ella me calma, tú insistes,
yo cedo al fin contrariado,
la hago dos mimos, me visto,
me despide, nos largamos,
ella se queda contenta
y nosotros libre el campo.
¿Qué te parece?

FERN. Magnífico.

MIGUEL. El plan...

FERN. Está bien trazado;
se me figura que harías
excelente autor dramático.

MIGUEL. Pues tú, que eres el actor...

FERN. Ya verás lo bien que hago
ese papel de traidor
que en la comedia me has dado.

MIGUEL. Yo lo haré por tí mañana
y así iremos trampeando:
conque vete. (Se pone el sombrero.)

FERN. Pero hombre,
sin decir adios.

MIGUEL. Qué diablo!

FERN. Dirá que soy un grosero.

MIGUEL. De dejarte bien me encargo.
(Se marchan foro, Fernando resistiendo y Miguel empujándole.)

ESCENA III.

LUISA sale por lateral: al poco rato por el foro CRIADA con una carta en la mano.

LUISA. Miguel. ¿Á dónde se han ido?
(Sale la Criada por el foro con aire misterioso y enseña una carta pequeñita.)

CRIADA. Chist...

LUISA. Qué pasa?

CRIADA. Señorita,
aquí está ya la cartita

que el lacayito ha traido. (Se la da.)
Hoy no es pájaro ni flor.
(Luisa enciende la cafetera, y al vapor del agua despega la goma del sobre.)

LUISA. Ponte en guardia por si viene.
CRIADA. Hoy es más ruidosa, tiene
pintado el sobre un tambor.
LUISA. Tener que hacer estas cosas...
Veremos á ver qué fragüa;
nueva aplicacion del agua
para uso de las celosas.
Sé que es un caso prohibido
violar la correspondencia,
pero á todo da licencia
el engaño de un marido.
Avisa á tiempo si asoma.
CRIADA. Siga usted la operacion.
LUISA. Ha sido gran invencion
la de los sobres con goma.
(Se saca una horquilla y despega el sobre y lee.)
Dentro trae una corneta.
CRIADA. Y cómo la han perfumado!
LUISA. Pues señor, hoy ha enviado
una música completa.
«Porqué no viniste ayer?
»te he esperado todo el dia
»sabiendo que no salía
»y te aguardaba á comer.
»No salgo hoy, tengo jaqueca,
»y ademas estoy sin coche,
»no me faltes esta noche,
»pues te espera tu Muñeca.»
Muñeca...
CRIADA. Se ha concluido?
LUISA. Sí.
CRIADA. Puedo marcharme?
LUISA. Vete. (Váse.)
Ay, ¡Ay! quién será este juguete
que entretiene á mi marido.

ESCENA IV.

LUISA, sola. Mete la carta y pega el sobre.

Que siga la caravana,
pues cerrada otra vez queda
y que sospechar no pueda
que pasó por la aduana.
Pero Dios mio, hasta cuándo
he de sufrir y luchar,
hasta cuándo me he de estar
oyendo, viendo y callando!
¿Para olvidar sus deberes
le he dado nunca motivos?
Pero Señor, qué atractivos
hallan en esas mujeres!
Yo le podría exigir
cuentas de... Bah... Desatino,
nada por ese camino
había de conseguir.
Darle celos, por mi mente
que tal idea no cruce,
que no sé á dónde conduce
esa escabrosa pendiente.
Estar fria y reservada
con él... No... qué más quisiera
esa mujer; eso fuera
dar la partida ganada.
Yo me mantengo en mis trece,
no sé si hago bien ó mal;
pero en esto cada cual
obra segun le parece.
Que yo le olvide es en vano
pues adoro á mi marido.
y puesto que le he perdido
voy á ver cómo le gano.
Yo no sé lo que daría
por poder averiguar
qué va á otra casa á buscar
porque le falte en la mia.

Qué encanto pueden tener
que de tal modo les ciega
que á satisfacer no llega
el amor de su mujer?
Cómo ganan su albedrío,
qué logran, y es fuerte cosa,
que el que es infiel á su esposa
sea fiel á su... ¡Dios mio!

ESCENA V.

LUISA, MIGUEL.

MIGUEL. Qué haces?...
LUISA. Á veros venía.
¿Y Fernando?
MIGUEL. Se ha marchado.
LUISA. ¡Hombre! Qué bien educado!
MIGUEL. No es suya la culpa, es mia.
Él se quiso despedir,
pero yo que no ignoraba
que el marchar le precisaba
por él me obligué á cumplir.
Llenando pues la etiqueta
en su nombre me despido. (Saludo cómico.)
LUISA. Mira, para tí han traido
esta carta.
MIGUEL. (De Marieta.)
LUISA. Es caprichoso el membrete.
¿No la abres?
MIGUEL. Sé quien la ha escrito,
un cacique del distrito
que me tiene ya en un brete.
LUISA. Sí?
MIGUEL. Si tú le conocieras,
es un hombre tan pesado
que estoy ya de él más cansado...
LUISA. (Ay! que no fuera de veras.)
(Abre la carta procurando que Luisa no la vea.)
MIGUEL. No te decía, lo ves,
si es una cosa que harta.

«Esta es la décima carta
que le escribo á usted en un mes.
Es necesario que venza
la obstinacion del ministro
y que me den el registro.»

LUISA. Pero hombre, qué sin vergüenza!
(Con intencion.)

MIGUEL. Te lo dije. Estos señores
á cartas me tienen frito.

LUISA. Y en qué papel tan bonito
escriben tus electores.
(Se aproxima como á mirar y él se guarda la carta rápidamente.)

MIGUEL. Este es un abogadillo
que presume de elegante,
y usa un lente.

LUISA. (Qué tunante!)

MIGUEL. Pero más cursi.

LUISA. (Habrá pillo.)

MIGUEL. Pero dejemos por Dios
á un lado ya estos asuntos,
la tarde y la noche juntos
vamos á pasar los dos. (Con cariño.)

LUISA. ¿Cómo?...

MIGUEL. Lo que has escuchado.

LUISA. ¿No sales?

MIGUEL. No.

LUISA. No me explico.

MIGUEL. Hoy no hay sesion y dedico
el tiempo á estar á tu lado.

LUISA. Miguel, no te sé decir
lo mucho que te agradezco. (Con efusion.)

MIGUEL. (Pobrecilla, no merezco...)

LUISA. Pero te vas á aburrir.

MIGUEL. Aburrirme, qué bobada,
junto á tí!

LUISA. Qué inventaría...
tocaré la sinfonía
de Guillermo.

MIGUEL. Que me agrada.

LUISA. (Se dirige al piano y Miguel se sienta.)
Si no tocaré el sesteto...

No, este wals que es muy bonito.

MIGUEL. Si no viene Fernandito

(Toca un wals y Miguel lleva el compás sobre el brazo de la butaca.)

me pone en el gran aprieto,
él no falta cuando ofrece.

LUISA. Dí, no lo encuentras precioso.

MIGUEL. Delicioso, delicioso... (Bostezando.)

LUISA. Pues hijo, no lo parece. (Parando de repente.)

MIGUEL. Perdóname; pero llevo
varias noches desvelado.

LUISA. ¿Por qué?

MIGUEL. Porque he trabajado
mucho.

LUISA. Tú, pues eso es nuevo.

MIGUEL. Qué quieres, mi posicion
de diputado reclama...
voy á hacer lo que se llama
un acto de oposicion.

LUISA. Pues, hombre, siempre te oí
ensalzar á este gobierno.

MIGUEL. Ya, mas no he de ser eterno
diputado de no y sí,
ya verás si en el Congreso
mi palabra les obliga...

LUISA. Perdóname que te diga
que no sirves para eso.

MIGUEL. No sé por qué. (Enfadado.)

LUISA. Porque no.

MIGUEL. Razon firme y valedera,
sirvo como otro cualquiera.

(Se levanta y pasea.)

LUISA. Está bien, se concluyó.
No pensé hacerte un ultraje.

(Pausa, Miguel pasea y mira el relój.)

MIGUEL. Ese Fernando no viene.

CRIADO. (Entra y dice á Luisa.) Señora, V. E. tiene dispuesto ya su carruaje.

LUISA. Que desenganchen. (Sale el Criado.)

MIGUEL. ¿Por qué?

LUISA. Porque no voy á salir.

MIGUEL. Tus tíos pueden decir

si no vas.

LUISA. Ya los veré;

(Se sienta Miguel, y Luisa se apoya en el repaldo de la butaca.)

quieres que cuando consigo
la tarde juntos pasar,
vaya yo á desperdiciar
el placer de estar contigo;
hoy que tal bien he logrado,
cómo he de dejarte, dí,
si no hay dicha para mi
como tenerte á mi lado!
Sólo que dejes deseo
la política endiablada,
porque no me robe nada
los instantes que te veo;
si es imposible que creas... (Conmovida.)

MIGUEL. Luisa mia, estás llorando.

(La abraza con cariño.)

CRIADO. El señorito Fernando.

MIGUEL. Qué á tiempo. (Desprendiéndose de sus brazos.)

LUISA. ¡Maldito seas!

(Sentándose de espaldas á la puerta y con despecho.)

ESCENA VI.

LUISA, MIGUEL y FERNANDO.

FERN. ¿Estorbo? (Desde la puerta.)

MIGUEL. Qué cosas tienes.

FERN. Me figuré.

MIGUEL. Á qué debemos
volver á verte tan pronto?

FERN. Por un motivo que creo
te vas á disgustar.

LUISA. (Alarmada.) ¿Qué pasa?

FERN. No se asuste usted.

MIGUEL. ¿Qué es ello?

FERN. Que me he encontrado al alcalde,
juez y escribano del pueblo
que con sus trescientos votos
casi tu eleccion han hecho.

MIGUEL. Adios, algun laberinto.
FERN. No, pero en su nombre vengo
á decirte que te esperan
para que comas con ellos
y que les lleves despues.
LUISA. (No lo dige?)
FERN. Al ministerio.
LUISA. (Por vida de la politica!)
MIGUEL. Pues, hijo mio, lo siento,
pero lo que es esta noche
de mi casa no me muevo.
FERN. Mira que pueden decir.
MIGUEL. Que digan.
LUISA. (Cuánto me alegro.)
MIGUEL. Pues no faltaría más.
LUISA. Les dice usted que está enfermo.
FERN. Yo por mi parte...
MIGUEL. (Á Fernando.) (No cedas.)
FERN. Como amigo le aconsejo
que no falte.
LUISA. (Como amigo.)
MIGUEL. Pues no voy.
LUISA. Lo mismo pienso.
MIGUEL. (Aprieta.)
FERN. Pues haces mal.
LUISA. (Si no hay un amigo bueno.)
FERN. Te expones á no salir
otra vez.
MIGUEL. ¿Y qué?
FERN. El gobierno
no está seguro.
LUISA. Si él
no gana nada con serlo.
FERN. (Pues, señor.)
MIGUEL. (Á Fernando.) (Hombre, por Cristo.)
Se piensan esos paletos
que se me maneja á mí...
LUISA. Como si fuera cunero.
MIGUEL. (Pero, hombre.)
LUISA. No cedas.
MIGUUEL. (Anda.)
FERN. Pues, hijo, por más que aprieto.

MIGUEL. (Despliega la artillería.)
FERN. (Voy.) No seas majadero
y vete á vestir á escape.
LUISA. (Qué pesadez, Dios eterno.)
MIGUEL. Ya he dicho que no.
LUISA. Está claro.
FERN. Está turbio, y yo la ruego (Á Luisa.)
que le inste á que se vista
y se venga.
LUISA. ¿Yo? Está bueno.
FERN. Si quiere usted evitarle
que tenga un disgusto serio.
LUISA. ¿Cómo? (Con interés.)
MIGUEL. (La verdad es que hace
prodigios el pobre.)
LUISA. ¿Pero?...
FERN. Usted debe comprender
con su claro entendimiento
que cuando insisto.....
LUISA. (Convenciéndose.) Dios mio,
sólo me faltaba esto.
MIGUEL. (Yo creo que la convence.)
LUISA. Pero no existe algun medio...
FERN. Bien, haga usted lo que quiera.
LUISA. Miguel, vamos, yo te ruego
que vayas.
MIGUEL. ¿Tú? (Sorprendido.)
FERN. (Me parece)...
MIGUEL. (Eres un actor soberbio.)
LUISA. (Paciencia.)
MIGUEL. Pero hija mia.
FERN. (¡Todavía!)
LUISA. Haz un esfuerzo.
FERN. (No insistas más, no se vaya
á arrepentir.)
MIGUEL. (Diablo.) Bueno,
más conste que voy por tí.
LUISA. ¿Por mí? Yo te lo agradezco.
MIGUEL. Tener que vestirme ahora....
mil y mil veces reniego
del cargo y los electores...
(No salí de mal aprieto.) (Se va.)

ESCENA VII.

LUISA, FERNANDO.

LUISA. (Se aguó la fiesta.) (Sentándose.)
FERN. Luisa,
créame usted, que lo siento
mucho, pero como amigo
de Miguel, juzgo que debo
evitarle compromisos.
LUISA. Si señor, sí. (Uf ¡que nécio.)
FERN. Inconvenientes que trae
consigo el tener talento,
el ser un hombre importante.
LUISA. Es muy agradable serlo,
sobre todo á las mujeres
nos entusiasma.
FERN. Misterios
del corazon. Por mi parte
la declaro que no entiendo
ese afan de figurar
en política, y confieso
que si me viera adorado
por usted, es un ejemplo,
(Luisa hace un movimiento de sorpresa.)
como Miguel, no me iría
á vivir en el infierno
del mundo de la política
dejando en mi casa el cielo.
LUISA. Gracias. (Friamente.)
FERN. No me las dé usted,
pues debe saber que tengo
de su juicio y sus bondades
un elevado concepto,
y para ver su belleza
me basta con no estar ciego.
LUISA. Es usted galante...
FERN. No,
soy tan solamente ingénuo.
LUISA. Pues ya podía influir

con su amistad, que yo pienso
pesa mucho en mi marido,
para que cese en su empeño
de meterse en esa vida
que le quita gusto y tiempo.

FERN. Y piensa usted que Miguel
es capaz de... vaya, veo
que le conozco mejor
que su mujer. Él consejos...
si los siguiera, tal vez.

LUISA. ¿Tal vez qué? (Con interés.)

FERN. No, yo no debo
delatar.

LUISA. Acabe usted...

FERN. (La ocasion aprovechemos.)
Pues, bien, si Miguel sintiera
por usted lo que yo siento,
si usted me amase (1), Luisa.

LUISA. (Al Criado.) Avise usted al cochero
y que enganchen la berlina.
(Sale y se dirige á la puerta deteniéndose al oir á Fernando.)

FERN. Pero lo toma usté en sério,
que solamente una broma,
ya conoce usted mi genio
para intrigarla.

LUISA. Ni aún
como broma lo tolero. (Se va.)

FERN. Aún está verde, dejarla,
y á que madure esperemos.

ESCENA VIII.

FERNANDO y MIGUEL que sale con gaban y chalina tapando el cuello.

MIGUEL. No direis que no me visto

(1) Luisa toca el timbre y se levanta. Fernando lo mismo, acude un Criado.

ligero. Qué ¿se ha manchado?
chico, que bien te has portado,
eres el tuno mas listo!

FERN. Pues á mí no me da risa.

MIGUEL. Qué manera de mentir!

FERN. Lo que voy á conseguir
es que me ~~odie~~ Luisa.

MIGUEL. Estás loco, Luisa odiarte!
Si es un ángel.

FERN. Sin embargo,
como yo siempre me encargo
~~el~~ traerte y de llevarte!

MIGUEL. Vamos, no te ha de pesar,
verás qué noche tan buena,
comida—baile—gran cena,
en fin, Fernando, la mar,
voy á despedirme aprisa
y nos largamos.

FERN. Muy bien.
(Al volverse, repara que lleva Miguel los bolsillos de atrás del gaban muy abultados.)
¿Y qué es esto?

MIGUEL. Un almacen
de muchachos en camisa.
(Saca dos figuras de biscuit que representa dos niños en camisa.)

FERN. Pero hombre. (Riendo.)

MIGUEL. De todas formas,
arrodillados, á gatas.

FERN. Si con tal mimo la tratas
y con todo te conformas.

MIGUEL. Ahora tiene esta manía.

FERN. Que no debes tolerar.

MIGUEL. Me temo se va á llevar
toda la tienda de Eguia.

FERN. Lo creo. (Guarda los muñecos.)

MIGUEL. Si se impacienta...

FERN. Y de tu cariño abusa.

MIGUEL. Nada, hoy la llevo la inclusa
para ver si se contenta,
toma y escóndeme el clac,
que aquí viene mi mujer

y no vaya á conocer
que estoy vestido de frac.

ESCENA IX.

DICHOS, LUISA.

LUISA. Al fin te vas.
MIGUEL. Pero hija,
no eres tú la que digiste...
LUISA. Sí.
MIGUEL. Y en que fuera insististe,
pues no sé porque te aflija
el que te obedezca.
LUISA. Ya,
pero como sabes que hoy...
MIGUEL. Ea, pues ya no me voy.
(Se sienta, pero al sentarse se clava los muñecos y se sienta cómicamente.)
¡Ah!
FERN. (Pero hombre.)
MIGUEL. Dicho está. (Á Luisa.)
FERN. (Qué habrás hecho en los bolsillos?)
MIGUEL. No quiero que te incomodes...
LUISA. (Á dónde se irán?)
FERN. (Ni Herodes
ha matado más chiquillos.)
LUISA. No, vete. (Levantándose.) Cómo ha de ser.
MIGUEL. (Abrazándola.) Si te afliges, es en vano.
LUISA. Pero volverás temprano!
MIGUEL. Temprano. (Al amanecer.)
(Acompaña á Luisa á la puerta lateral hasta decir (temprano) besándola la mano al despedirse y abrazando á Fernando avanza al proscenio para decir (al amanecer.) Salida por foro cómica.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala de entrada de un hotel, con elegancia caprichosa, flores, figuras de biscuits en estantitos, mesitas con álbums, periódicos y libros, confidentes, butaquitas, etc., puertas laterales con grandes cortinones, en el foro puerta que deja ver el peristilo de la escalera del jardin, y á su lado una gran ventana.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon, aparecen MARIETA, en elegante traje de mañana, y ENRIQUETA con delantal blanco arreglando las macetas y los periódicos.

MAR. Lo que es si no viene hoy,
en un mes no le recibo,
ni le veo, ni... le escribo.
(Tira una maceta que recoge Enriqueta.)
¡Jesús! qué nerviosa estoy.
(Se sienta y coge un periódico.)
Hoy no dirá que hay Congreso...
Enriqueta... Qué hora es?

ENR. No hace mucho dió las tres
el reloj del Buen-Suceso.

MAR. ¡Las tres! No, si no vendrá:
ha llevado Juan la carta?

ENR. Sí señora.

MAR. Buena sarta
de embustes luégo dirá.

ENR. Dónde coloco este nardo?
(Con una maceta en la mano que colocará donde la indique Enriqueta.)

MAR. Ahí... Si espera que le aguarde.

ENR. Todavía no es muy tarde.

MAR. Sólo hasta las cinco aguardo. (Lee.)
Yo que esperaba pasar
la tarde en su compañía...
sabiendo que no venía.
bien me lo pudo avisar.
(Enriqueta repasa un libro que estará en una mesa y se lo dá á Marieta.)

ENR. Este libro vino ayer.

MAR. (Abriéndole.) «Nana» por Emilio Zola.
Claro, dijo, estará sola,
pues la envío que leer;
y ya estamos arreglados;
pero se equivoca y mucho.

ENR. Como la dé el arrechucho,
Dios nos coja confesados.

MAR. Pues lo que es hoy no le veo.

ENR. No haberla siquiera escrito.

MAR. (Levantándose irritada y tirando el libro.)
Cuando venga el señorito
que me he marchado á paseo.
(Sale por una lateral.)

ESCENA II.

ENRIQUETA, sola; recoge el libro.

Huy qué genio; si no fuera
porque cuando se le pasa
para dar no tiene tasa,
no habría quien la sirviera.
Pero en fin... (Suena la campana del hotel.)
Están llamando.
De seguro será él. (Mira por la ventana.)
Justo; aquí están don Miguel
y el señorito Fernando.

ESCENA III.

Entran MIGUEL y FERNANDO, éste abraza á ENRIQUETA.

MIGUEL. Hola.
FERN. Siempre tan bonita.
ENR. (Desasiéndose.)
Se está usted quieto ó me enfado.
FERN. Mi saludo acostumbrado.
MIGUEL. Dónde está tu señorita?
ENR. Está con usted furiosa.
MIGUEL. Claro, ya lo sospechaba.
ENR. Y de darme órden acaba
que no recibe.
MIGUEL. (Riendo.) Es curiosa
la ocurrencia, y bien merece
hacer por desenojarla.
FERN. Hombre, sí, vamos á darla
una broma, te parece?
MIGUEL. Sí. Dila que hemos venido,
que por ella preguntamos,
y al Retiro nos marchamos
creyendo que allí habría ido.
ENR. Verá usted...
MIGUEL. Anda ligera.
ENR. Contenta se va á poner.
MIGUEL. No temas nada, mujer.
ENR. Bien. Yo haré lo que usted quiera. (Sale.)

ESCENA IV.

MIGUEL y FERNANDO.

Miguel coge una mesita de thé y la abre ó velador pequeño y lo lleva al cent.o de la habitacion. Fernando le mira demostrando por sus movimientos que no comprende.

MIGUEL. Ahora.
FERN. Cuál es tu intencion?
MIGUEL. (Saca los muñecos de los bolsillos del gaban y los

coloca formados en el velador.)
El poner aquí formados
los chicos arrodillados
como pidiendo perdon.

FERN. Los habrás hecho pedazos.

MIGUEL. Si llorasen, qué alboroto...
Pues, mira, sólo se han roto
una cabeza y dos brazos.

FERN. Pero, bien, qué te propones?...

MIGUEL. Entiendes poco de esto.

FERN. Declaro...

MIGUEL. Este es un pretexto
que me evita explicaciones.
Ya verás ahí escondido
(Fernando mira por la puerta por donde se marchó Marieta.)
el efecto...

FERN. Anda de prisa.

MIGUEL. Sale, lo ve, lo echa á risa
y todo se ha concluido.
(Se esconden detrás de un cortinon de una de las puertas de frente á la por la que salen Marieta y Enriqueta.)

ESCENA V.

MARIETA y ENRIQUETA, MIGUEL y FERNANDO escondidos.

MAR. Conque se han marchado?

ENR. Sí.

MAR. ¿Sí? Pues tú tienes la culpa.

ENR. Pero...

MAR. No tiene disculpa.

ENR. Como la órden recibí
de que había usted salido.

MAR. Por incomodarle era,
pero no porque se fuera.

ENR. Ah, si yo hubiera sabido...

MAR. (Reparando en el velador y los muñecos.)
¡Ay! Qué es esto?

ENR. Qué se yo.

MAR. Qué gusto, cuántos muñecos.
ENR. (Gracias á esos embelecos
pronto el nublado pasó.)
MAR. Anda, que lejos no irán.
Que los llamen...
(Sale Miguel y detrás Fernando, situacion cómica.)
MIGUEL. No dés voces.
MAR. Bribon, qué bien me conoces.
(Se dan la mano.)
ENR. (Saliendo.) Vamos, ya se arreglarán.

ESCENA VI.

MARIETA, MIGUEL y FERNANDO.

FERN. Á los piés de usted, Marieta.
MIGUEL. Creo no te quejarás.
que por falta de chiquillos.
MAR. Sí: bien sabes arreglar
las cosas á tu manera
y que no te riña.
MIGUEL. Bah!
¿Y qué motivos?
MAR. Motivos?...
MIGUEL. Sí, hija mia, tú dirás.
MAR. Por qué no viniste ayer?
MIGUEL. (Señalando á Fernando con gravedad cómica.)
Díselo.
FERN. ¿Yo?...
MIGUEL. Claro está.
FERN. Pues diré á usted...
MIGUEL. No me he estado
en tu casa hasta mitad
de noche?
FERN. Sí, sí señora.
(Qué diablos inventará.)
MIGUEL. Con su hermana que está enferma.
MAR. (Irónicamente.)
¿Qué tiene?
FERN. Una enfermedad
nerviosa...
MIGUEL. Sí, intermitente,

y cuando la toca...

MAR. Ya...
Vamos, hoy vienen de broma.

MIGUEL. De broma, pues claro está,
conque deja de estar seria
y escucha atenta mi plan:
hoy tengo mia la noche,
es mañana carnaval,
y debe estar delicioso
ese gran baile que dan
para las víctimas de...

FERN. Las víctimas y bailar...

MIGUEL. Qué quieres. Ese un modo
de ejercer la caridad.

FERN. Y de seguro, en el baile
víctimas no faltarán.

MIGUEL. (Á Fernando.) Quieres dejar tus apartes?

FERN. Me callo, puedes hablar:
desde que eres diputado.....
(Miguel le tapa la boca.)
pero hombre, por Dios.

MIGUEL. ¡Qué afan!
(Á Marieta.) Disponer una comida;
pero, rara, original.

FERN. Sí, sin principio ni fin.

MAR. Pero ya es muy tarde.

MIGUEL. Cá,
una *paella* de esas
que tú sabes preparar,
ostras, langosta, unos callos
á la calesera.

FERN. Ajá,
vamos, una indigestion.

MIGUEL. Tú siempre has de ser igual (Á Fernando.)
(Á Marieta.) Con manzanilla, burdeos,
bayo, jerez y champagne.

FERN. Preveo una buena turca
para ántes de ir al Real.

MIGUEL. Que Enriqueta tome un coche,
que se vaya á invitar
á Rosarito...

MAR. ¿Á Rosario?...

FERN. Marieta, pues claro está.
MAR. Bah...
FERN. Sin ese requisito
faltaba lo principal.
MAR. Pues no veo que haga falta...
FERN. Pero usted comprenderá
que donde hay tres, sobra uno,
ó los tres están demas.
MAR. Bueno, bien, pero lo siento.
MIGUEL. No hay más remedio.
MAR. Se hará
la invitacion.
MIGUEL. Y nosotros
vamos á casa de Prats
por los postres y conservas.
(Á Marieta.) Dominó tú le tendrás.
MAR. Tengo dos.
MIGUEL. ¿Y las caretas?
MAR. Esas las podeis comprar
con encaje y pequeñitas.
MIGUEL. Para lucir el lunar.
¡Coqueta!
MAR. Que se ha de hacer,
para algo le tengo. (Los detiene al salir.)
¡Ah!
Ya sabes que estoy sin coche,
pero tú nos prestarás
el tuyo.
MIGUEL. No puede ser,
Souvenir no es mio ya,
el marqués de Castel-Blanco
me lo compra para Paz,
esa linda granadina...
MAR. Bueno, tú lo arreglarás
como quieras. No tardeis.
MIGUEL. No, vámonos. Por San Blas,
(Cogen los sombreros y se van cogidos del brazo.)
esto es vivir.
FERN. Adelante.
MIGUEL. Y viva la libertad.

ESCENA VII.

MARIETA luégo ENRIQUETA.

MAR. (Llamando.) Enriqueta... Pero no.
lo mejor creo será
decir que no estaba en casa
cuando fueron á avisar,
pues vale más estar sola
que.

ENR. (Entrando.) ¿Llama usted?

MAR. Ven acá,
hoy hay que andar en un pie.

ENR. Está bien.

MAR. Hay que volar;
pero en cambio si me sirves,
como espero...

ENR. Yo.

MAR. Tendrás
permiso para salir
esta noche.

ENR. Usted dirá
qué hay que hacer.

MAR. Ven á enterarte
y luégo que suba Juan.

ESCENA VIII.

Salen por el foro el PORTERO con leviton largo y gorra, y LUISA se sienta afectada.

PORT. Pase usté á esta habitacion
y aquí se la pasará
el susto, que ha sido bueno.

LUISA. Gracias.

PORT. Quiere usted tomar
agua?

LUISA. No, no, muchas gracias,
se me va pasando ya.

PORT. ¿Pero, cómo ha sido?

LUISA. Nada:
que en la calle de Ferraz,

frente al cuartel de San Gil,
como tan estrecho está
el paso, los dos tranvías
se cruzaron, y por más
que mi cochero hizo esfuerzos
para poder refrenar
el caballo, no evitó
que diera un tantarantan
el tranvía á la berlina,
que casi me hace volcar.

PORT. Sí; esos diablos de tranvías
hacen cada atrocidad...

LUISA. El cochero se tiró
del pescante.

PORT. Hizo muy mal.
Como yo tambien he sido
cochero, de punto.

LUISA. Ya.
No sé que habia en la rueda,
que mientras se fué á quitar
los guantes, con mucha calma,
toma el trote el animal,
y gracias á no sé qué
bendita casualidad,
al llegar frente á esta casa
le dió gana de parar
y meterse de rondon
dentro de la verja.

PORT. Ca,
no es casualidad, señora,
como acostumbrado está
á venir todos los dias,
ha conocido el portal
y por eso se ha metido
adentro sin vacilar.
Souvenir tiene un instinto!

LUISA. (¿Qué dice este hombre? Será
esta la casa? No hay duda.
Es esto providencial?
Indaguemos.) Segun eso
aquí vive.

PORT. Justo.

LUISA. La...
PORT. La hermana de don Miguel.
LUISA. La hermana... (Pobre Pilar,
si supiera.)
PORT. El señorito
ha salido poco há
con su amigo don Fernando;
pero creo volverán,
porque, segun tengo oido,
hoy comen aquí.
LUISA. Bien, van;
estos son los electores
que tenían que obsequiar.
No, pues yo les aseguro
que les estropeo el plan.
PORT. Avisaré á la doncella
de la señorita.
LUISA. ¡Ahaaa!... (Irónicamente.)
La doncella.
PORT. Asiéntese,
que en salir no tardarán:
yo y el cochero, entretanto,
trataremos de arreglar
lo de la rueda. (Se va lateral.)
LUISA. Qué hago?
Nada, no me vuelvo atrás.

ESCENA IX.

LUISA sóla.

Debo de marcharme... No.
No me marcho sin saber
al ménos, si esa mujer
es más hermosa que yo.
Y no sé por qué batallo,
acaso es que yo he venido,
no señor: si me ha traido
aquí su mismo caballo!
Nada hay que en contra me argüya
cuando sepa la verdad,

culpe á la casualidad
que se ha puesto en contra suya.
Tranquila está mi conciencia,
obra suya solo fué.
¡Casualidad! y por qué
no llamarla providencia.
Si fué siempre mi deseo
poder aquí penetrar,
lo voy á hora á renunciar
cuando logrado lo veo.
No, que el asunto bien vale
aprovechar la ocasion,
yo acepto la situacion
y veremos lo que sale. (Mira el gabinete, etc.)
Es elegante el hotel
y con muy buen gusto puesto.
Oh, sí, reconozco en esto
todo el confort de Miguel.
(Coge un álbum de retratos y lo mira.)
Un álbum, es delicioso,
mi buena estrella bendigo,
nada, no falta un amigo
ni uno sólo de mi esposo.
Éste es el mundo y la vida...
Y marcharme?... Bueno fuera,
pues, si no sé lo que diera
por presenciar la comida.
Por estar aquí á su lado,
en fin, por llegar á ver
qué es lo que hace esa mujer
para tenerlo embobado.
Qué consigo si me voy
sin poder averiguar...
si yo pudiera pasar...
pero y si sabe quien soy.
No hallar por más que revuelva
medio de... ya está escogido,
por un azar he venido,
pues que el azar lo resuelva.
Nada, adelante y valor,
usaré de un ten con ten,
si no me conoce, bien,

si me conoce, mejor.
Que al fin en ganar confío
si á luchar con ella llego,
que yo conozco su juego
y ella no conoce el mio.
Por tan poco no me atranco,
que de todo soy capaz.
(Sale Marieta y la ve vuelta de espaldas viendo los periódicos.)

MAR. Esta debe ser la Paz
del marqués de Castel-Blanco.

ESCENA X.

LUISA, MARIETA.

MAR. Jem! (Tose para llamar su atencion.)
LUISA. Ah! (Sorprendida.)
MAR. Señora.
LUISA. (Dios mio.)
MAR. (Es muy hermosa.)
LUISA. (Es muy bella.)
MAR. He sabido la aventura.
LUISA. Sí.
MAR. Mas por qué no se sienta?
LUISA. No, gracias, voy á marcharme.
MAR. Miéntras componen la rueda
yo tendría mucho gusto.
LUISA. Muchas gracias. (Si él viniera!)
(Se sienta violentada.)
MAR. Aunque es muy gracioso el lance,
no me ha causado sorpresa.
LUISA. ¡Ah! ¿No?
MAR. No, porque he sabido
hoy casualmente la venta
de *Souvenir* al marqués
de Castel-Blanco.
LUISA. (Qué idea...
Si yo me atreviese.)
MAR. Y...
como sé para quien era
supongo que estoy hablando

con Paz.

LUISA. ¿Y yo?

MAR. Con Marieta.

LUISA. (Quién será la Paz: no sé;
pero á mí me huele á guerra.)

MAR. (Es elegante.)

LUISA. (Y qué hacer.)

MAR. Vaya, no esté usted violenta.
Pues está como en su casa.

LUISA. Gracias...
(La aventura es nueva.)

MAR. Se habrá usté asustado.

LUISA. Un poco.

MAR. Será acaso la primera
vez que saca usté el caballo.

LUISA. Hoy, justo.

MAR. Qué inteligencia
de animal!

LUISA. Más no me explico.

MAR. ¿El qué?

LUISA. Que no se sorprenda
usted de que *Souvenir*
me haya traido á su puerta.

MAR. Pues es muy sencillo.

LUISA. Sí!

MAR. Usted sabe de quién era?

LUISA. No.

MAR. De Miguel Montellano;
y como con gran frecuencia
viene á verme, *Souvenir*
ha tomado la querencia...

LUISA. ¿De... su... amo? (Con intencion.)

MAR. (Sonriéndose.) Usted le conoce?

LUISA. De vista.

MAR. Sí, como lleva
usted aquí poco tiempo...
¿No?

LUISA. Sí, poco.

MAR. Si usted viese
el gran deseo que tengo
de ir á conocer su tierra!

LUISA. Sí? (De qué tierra seré.)

MAR. Como tanto la celebran.
¿Usté es del mismo Granada?
LUISA. (¡Vamos!) Sí.
MAR. Pues no cecea,
no parece usté andaluza.
LUISA. Salí de allí muy pequeña.
MAR. Yo tambien, hace muy poco
que he vuelto á ser Madrileña.
LUISA. (Pues aunque no hubieras vuelto.)
MAR. Viví año y pico en Valencia,
y allí conocí á Miguel
este otoño en la Albufera
un dia yendo de caza.
LUISA. (Vamos, y le cazó ella.)
MAR. Fué á trabajar su eleccion...
LUISA. (Su eleccion, bendita sea,
el cargo de diputado
es una gran tapadera.) (Momento de pausa.)
MAR. No sabe usté el gran placer
que he tenido en conocerla.
LUISA. Pues y yo? (Exageradamente y con intencion.)
MAR. Y aunque me han dicho
mucho de usted, no exajeran
al elogiarla.
LUISA. Mil gracias.
MAR. Es cierto, y como usted quiera
hemos de ser muy amigas.
LUISA. Mucho...
MAR. Ya que la ocurrencia
de *Souvenir* la ha traido
á mi casa... y usted es nueva
en este mundo... me encargo
poco á poco de ponerla
al corriente de mil cosas;
que en Madrid hay cada plepa...
LUISA. Ya lo voy viendo.
MAR. Aunque casi
tambien yo soy forastera,
pues apenas he salido
desde que aquí dí la vuelta,
de memoria me sé yo
á Madrid, y en cuanto tenga

arreglado mi hotelito
me lanzo á la vida buena.

LUISA. (¡Buena!)

MAR. Á gozar sin descanso,
porque al fin la vida es esa,
y hay que aprovecharla ahora,
que tiempo sobrado queda
despues para arrepentirse.

LUISA. Justo, cuando es una vieja...

MAR. Me ha sido usted muy simpática,
mucho.

LUISA. (Sea enhorabuena.) (Pausa.)

MAR. ¿Va usted al baile esta noche?

LUISA. No he pensado.

MAR. Buena es esa.

LUISA. Usted va?

MAR. Pues ya lo creo,
si es el de Beneficencia
el mejor.

LUISA. (É irá con él.)

MAR. Debe usted ir.

LUISA. Si tuviera (Con intencion.)
álguien que me acompañase,
¿tal vez?...

MAR. No sé si me atreva
á decirla...

LUISA. (Atrévete.)

MAR. Que con nosotros se venga.

LUISA. No, por Dios. No irá usted sóla.

MAR. No, mas como si lo fuera,
pues me acompaña Miguel.

LUISA. Ya. (Y he de tener paciencia
para dejar que se vayan.)

MAR. Ah, y otro amigo, un tronera
que me hace la corte.

LUISA. Sí.

MAR. Yo me rio y le doy cuerda.

LUISA. (Le digo á usted que se sabe
cada cosa, que la dejan
á una tonta.)

MAR. Conque, vamos,
anímese usted.

LUISA. (La prueba
es terrible.) No me atrevo.
MAR. Hace mal.
LUISA. Si un medio hubiera
de ir sin que nadie supiese.
MAR. Pues no lleva usted careta?
LUISA. Ya, mas Miguel y su amigo.
MAR. Ah, no quiere usted que sepan.
LUISA. De ningun modo.
MAR. ¿Y por qué?
LUISA. Los hombres todo lo cuentan,
y como son tan amigos
del marqués.
MAR. (Riéndose.) Tengo una idea,
que, como usted la aceptase...
LUISA. A ver.
MAR. Es una ocurrencia
que he tenido para darles
una broma en toda regla.
LUISA. Sepamos.
MAR. Se han convenido
en comer aquí, y esperan
que yo convide á una amiga.
LUISA. (Vamos, partida completa.)
MAR. Mas la verdad, no lo he hecho
porque es muy cursi y muy necia.
LUISA. Pero bien...
MAR. Si usted quisiese
formar conmigo pareja,
se venía usted tapada,
yo les exijo promesa
de no intentar descubrirla
hasta que usted lo consienta.
Come usted, vamos al baile,
y les damos una buena.
No es cierto que es un bromazo?
LUISA. Sí, mas temo.
MAR. Nada tema.
LUISA. (Y por qué no lo he de hacer.)
MAR. Verá usted qué gran escena,
me rio sólo al pensarlo.
LUISA. Y por mi parte se acepta. (Con resolucion.)

MAR. Muy bien.
LUISA. (Si algo sucediese
que yo presenciar no deba,
creo que estoy siempre á tiempo
de quitarme la careta.
Estoy decidida.
MAR. ¿Sí?
Pues es preciso no pierda
tiempo, que pueden llegar:
voy á ver si está compuesta
la berlina. Sí, ya está.
LUISA. En seguida doy la vuelta.
MAR. Pues *Au revoir*.
LUISA. Hasta luégo.
(Se saludan sin darse la mano con una cortesía.)
Silencio. (Desde la puerta foro.)
MAR. Seré discreta.

ESCENA XI.

MARIETA sola.

Se supone que la ve subir al coche y la despide con la mano desde la ventana.

Tiene razon el refran
que, cuando ménos se piensa...
Yo, que no tenía hoy
gana ninguna de fiesta
y que pensaba aburrirme,
va á ser cuando me divierta.
Es mujer muy agradable
aunque la encuentro algo seria...
Toma, y no hemos convenido
que nombre la doy... cualquiera,
Fany, desde luégo, Fany,
que es un nombre que se presta
al caso. Y es distinguida,
qué elegancia y que maneras (Imitándola.)
tan... No, pues yo necesito
hacer las cosas en regla,
que esta no es como Rosario.

Voy á advertir, Enriqueta!
Porque despues.

ENR. Llama usted.

ESCENA XII.

MARIETA y ENRIQUETA.

MAR. Sí, es preciso que adviertas
á Juan, y yo á tí, que á ver
cómo se sirve la mesa
con cuidado, no esté yo
todo el tiempo haciendo señas.
ENR. Señorita.
MAR. Que os fijeis.
ENR. Yo.
MAR. Que tengais siempre llenas
las copas de agua y de vino;
que lleveis la servilleta
puesta debajo del plato;
que sirvais y por la izquierda,
no nos vayais á manchar...
(Se oye la campana de la puerta y á Miguel y Fernando cantando.)
Ellos son, á tiempo llegan.

ESCENA XIII.

MIGUEL y FERNANDO que traen encargos en los bolsillos y dentro del sombrero que van dejando en una mesa mientras hablan MARIETA y ENRIQUETA.

MAR. Gracias á Dios que han venido.
FERN. Pues buen paso hemos llevado.
MIGUEL. Ni un simon hemos hallado,
es un barrio socorrido
el de Argüelles...
FERN. Y tu genio. (Á Miguel.)
Ha armado una en el Real. (Á Marieta.)
MIGUEL. Pero saqué un principal.
MAR. ¿Un principal?
MIGUEL. Y proscenio.

MAR. Me alegro mucho.
MIGUEL. Y dijeron
á Rosario...
MAR. Qué Rosario.
Les tengo un extraordinario
(Con intencion á los dos.)
como ni soñar pudieron.
(Á Enriqueta.) Llévate esas frioleras.)
(Enriqueta se lleva los encargos, entre tanto ellos preguntan y Marieta les dice por señas que esperen á que Enriqueta se vaya.)
MIGUEL. Un extraordinario.
FERN. Á ver.
MAR. Viene al baile una mujer
hermosísima.
LOS DOS. ¿De verás?
FERN. ¿Quién es?
MIGUEL. ¿La conozco?
MAR. Sí.
MIGUEL. Y es tu amiga?
MAR. Claro está.
MIGUEL. Y por quién al baile va?
FERN. Por mí.
MIGUEL. ¿De verás? por tí.
FERN. Teniendo que ir por alguno
no creo que por tí fuera.
MIGUEL. Puede ir por otro cualquiera.
MAR. Sí, mas no va por ninguno,
va, por ir, por embromar,
conoce á todo Madrid.
FERN. Mas, quién es?
MAR. Hay está el quid.
Se tiene que adivinar.
LOS DOS. ¡Adivinar!
MAR. Me exigió
para que fuese completa
la broma, entrar con careta
y no quitársela.
LOS DOS. ¿No? (Admirados).
MIGUEL. Vamos, empieza la broma...
MAR. Lo que quieras.
MIGUEL. Ántes de ir.

FERN. Y va á tardar en venir.
MIGUEL. Pero éste en serio lo toma.
MAR. Y hace bien.
MIGUEL. Pues no me cuela.
FERN. Sería gracioso el lance.
MIGUEL. Sí, aventura de romance
ó título de novela.
«La dama del antifaz
en el siglo diez y nueve.» (Riéndose los dos.)
MAR. Cuando una mujer se atreve.
MIGUEL. ¿Qué?
MAR. Que de todo es capaz.
MIGUEL. Ya, pero si una mujer
no quiere que se la vea,
ó es muy vieja ó es muy fea...
MAR. Ó tiene algo que temer.
MIGUEL. Ah! si es así, ya no digo...
MAR. Para comer la esperamos.
FERN. (Vaya, que hoy se la jugamos
sin saberlo algun amigo.)
MAR. Conque con juicio hay que estar.
MIGUEL. Hija, ni salgo ni entro...
MAR. Ahí se quedan, voy adentro,
porque aún tengo que arreglar. (Se va.)

ESCENA XIV.

MIGUEL, FERNANDO, depues que ven desde la puerta que se ha alejado.

FERN. Chico.
MIGUEL. Chico.
FERN. Qué me dices.
MIGUEL. Que ya una intriga tenemos.
FERN. Mira tú no nos quedemos
con un palmo de nariçes.
MIGUEL. Lo que es eso... Yo te fío
que no será.
FERN. Pero, escucha,
que vamos á tener lucha,
sobre un terreno que es mio.
MIGUEL. ¿Tuyo?

FERN. Claro.

MIGUEL. No lo veo
yo tan claro.

FERN. Hombre, por Dios,
quieres para tí las dos.

MIGUEL. Las dos... No... Pero preveo
que esa mujer viene aquí
por mí.

FERN. Eso se verá.

MIGUEL. Qué apuestas?

FERN. Jugada va
la cena, lo aceptas?

MIGUEL. Sí.

FERN. Libre queda cada cual.

MIGUEL. Y por su respeto campa.

FERN. Está bien, pero sin trampa.

MIGUEL. Nada, legal.

FERN. Muy legal.

MIGUEL. Choca.

FERN. Choco. (Se dan las manos.)

MIGUEL. Pobrecillo.

FERN. Pagarás.

MIGUEL. Allá veremos.

FERN. Bien, á la noche hablaremos.

MIGUEL. Ves preparando el bolsillo.

FERN. Nequaquan.

MIGUEL. El antifaz
es para mí.

FERN. Chico, eres,
tratándose de mujeres,
insaciable.

MIGUEL. Sí.

FERN. Voraz.
(Suena la campana del hotel.)

TODOS. Llaman.

MIGUEL. Á ver.

FERN. Si será.
(Se acercan á la ventana. Ha ido disminuyendo la luz.)
Ella.

MIGUEL. Es esbelta.

FERN. Elegante.

MIGUEL. Eh, quítate de delante.
(Empujándole para verla.)
FERN. Ahí viene.
(Se colocan á un lado cuando entra.)
MIGUEL. Silencio.
LUISA. (Con antifaz se detiene al verlos.)
(Ah!) (Situacion.)

ESCENA XV.

LUISA, FERNANDO y MIGUEL, luégo MARIETA.

MIGUEL. Señora.
LUISA. (Yo estoy temblando.)
FERN. (Chico, debe ser divina.)
LUISA. (¡Ay, si Miguel adivina!)
MIGUEL. Estábamos celebrando
sorpresa tan agradable. (Ella se inclina.)
LUISA. (La prueba es bastante ruda.)
FERN. (Chico, ¿será tambien muda?)
MIGUEL. (Pues ya la haremos que hable.)
(Trae luces un criado.)

ESCENA XVI.

DICHOS y MARIETA.

MAR. Así me gusta, puntual.
(Hablan bajo, se quita los guantes Luisa.)
MIGUEL. (Qué pie.)
FERN. (Qué talle!)
MIGUEL. (Qué mano!)
MAR. Don Miguel de Montellano. (Presentándoles).
y don Fernando de Otal. (Se inclinan.)
FERN. Señora...
MIGUEL. Aunque lamentamos
no admirarla.
LUISA. (Fementido.)
MAR. Cuidado lo convenido.
No hay que intentar.
LOS DOS. Lo juramos.
(Cómicamente extienden la mano.)

LUISA. (Ya te daré la sorpresa
agradable.)

ENR. (Desde la puerta.) Señorita,
cuando gusten.

MIGUEL. (Pierdes.)

FERN. (Quita.)

MAR. Ea, á la mesa.

LOS DOS. Á la mesa.

MAR. Miguel, Fernando.

MIGUEL. Lo ves
y no es aún el teatro.

FERN. Á que á pesar de ser cuatro
hago yo el número tres.

(Final cómico. Al decir Marieta «Miguel,» se coge de un brazo. Éste mira contrariado á Fernando, á quien Marieta indica coja del brazo á Luisa, mirando con aire de triunfo á Miguel; va á ofrecérselo á Luisa, pero ésta se coge del otro de Miguel. Éste mira á Fernando triunfante. Marieta y Luisa se rien al ver á Fernando y salen riendo por la puerta lateral. Fernando queda un momento solo para decir los dos últimos versos.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Palco proscenio del teatro Real.—Al proscenio el antepalco.— Se ven las luces del salon, se oye una polca y el griterío de las máscaras.

ESCENA PRIMERA.

Entran LUISA del brazo de MIGUEL y MARIETA del de FERNANDO.

MAR. Jesús, ya no puedo más.
(Dejándose caer en un divan.)
LUISA. Qué calor!
MAR. Y qué gentío.
FERN. (Á Miguel.) (Bien te has portado, hijo mio.)
MIGUEL. (Te lo dije, pagarás.)
FERN. ¿Pero por dónde han andado
que ni una vez les he visto?
MIGUEL. Por el salon.
FERN. (Eres listo,
pero aún no me la has ganado.)
MIGUEL. Darme un abanico.
MAR. Ten. (Dándosele.)
MIGUEL. Y vamos á ver, Marieta.
aún no os quitais la careta?
MAR. Por mí. (Se la quita.)
MIGUEL. (Á Luisa.) ¿Y tú?

LUISA. No.
MIGUEL. Está bien.
MAR. Pues señor, me he divertido
como una loca.
MIGUEL. ¡Es bien raro!
MAR. ¿Por qué lo soy?
MIGUEL. Esta claro.
MAR. Como ustedes se han perdido,
no era cosa de quedarse
esperando á don Miguel.
MIGUEL. Pero si en esa babel
era imposible encontrarse. (Pausa ligera.)
MAR. Vamos á ver desde aquí
el aspecto del salon.
(Coge á Luisa y van al palco. Fernando deja caer la cortina.)
Qué ruido!
LUISA. Qué confusion!

ESCENA II.

MIGUEL y FERNANDO.

FERN. (Incomodado.) Vamos, te parece, dí.
Apenas entras, ligero
te vas con ella y nos dejas.
MIGUEL. ¿No formamos dos parejas?
FERN. Pero eso es ser un fullero.
MIGUEL. ¡Chico! Si me ha vuelto loco,
qué mujer, es deliciosa,
qué talento y que graciosa!
FERN. Tu te vuelves por tan poco.
MIGUEL. Si no puedes figurarte
lo que esa mujer ha hablado
FERN. ¿De verás?
MIGUEL. Ha alborotado
el salon de parte á parte.
En fin, de asombro estoy lleno,
me ha dado la gran sorpresa,
pues ya viste que en la mesa
habló poco.

Pero, bueno.

FERN. Qué gracejo y qué memoria,
les ha armado cada lío...
si no hay un amigo mio
de quien no sepa la historia.

MIGUEL. En fin, que me he visto negro
para poderme escapar;
qué manera de asediar,
qué feliz eres, me alegro;
pero, ¿quién es?... Qué se yo?
Bribon, vaya una pareja,
otro me dice á la oreja
¿pero la conoces?... No,
y asombrado aquí me ves.
Sin haber podido...

FERN. Cá...

MIGUEL. Pero, chico ¿quién será?

FERN. Eso digo yo ¿quién es?

MIGUEL. Que te ha mareado?

FERN. Justo,

MIGUEL. pues, y el modo de embromar,
yo nó la he escuchado dar
una broma de mal gusto.
Y separarla, fué en vano,
de nadie el brazo ha admitido,
en fin, si no ha consentido
ni que la cojan la mano.

FERN. Me choca.

MIGUEL. Y en cambio á mí...
Toda la noche cogida.

FERN. Te declaro que en mi vida
mayor trueno conocí.

MIGUEL. Trueno... ¿Por qué?

FERN. Y lo preguntas,
por quién al baile has venido?
Por Marieta.

MIGUEL. Convenido.
pero mirándolas juntas,
cómo quieres comparar!

FERN. Vamos, en baja completa.
¡Pobre Marieta!

MIGUEL. Marieta

es una mujer vulgar,
linda... pero en esta ves
á la mujer de buen tono,
con un chic y un abandono,
tan elegante y tan...

FERN. Pues...
Pero como he apostado
y á todo estoy decidido,
aún no lo pienso perdido.

MIGUEL. Y yo lo juzgo ganado.

FERN. Pues á luchar.

MIGUEL. Á luchar.

FERN. Y que ahora no te has de ir.

(Marieta saca la cabeza por entre las dos cortinas.)

MAR. Quieren ustedes decir,
cuándo vamos á cenar?

ESCENA III.

DICHOS, MARIETA y CAMARERO, luégo FERNANDO y MIGUEL.

Sentada en el ante-palco Marieta y detrás de la cortina, en segundo término, Luisa.

MIGUEL. Ahora mismo. (Á Marieta.)
(Á Fernando.) Le digiste
que subiese á un Camarero.

FERN. Sí.

MIGUEL. Pues viene muy ligero.

MAR. Tengo un hambre atroz.

MIGUEL. Le diste
las señas?

FERN. Claro. (Llamando al palco.)

MIGUEL. Ahí está;
adelante.

CAM. Buenas.

MIGUEL. Dí,
nos vas á servir aquí?

CAM. Aquí: no es posible.

MIGUEL. Bah.

CAM. Nos lo han prohibido...

MIGUEL. (Le enseña un duro por la derecha.) No puedes?
CAM. No señor.
MIGUEL. Has un poder.
FERN. De veras no puede ser? (Id. izquierda.)
CAM. Tanto se empeñan ustedes,
(Cogiendo á un tiempo los dos duros.)
que veré á ver si consigo...
MIGUEL. Así me gusta, muchacho.
CAM. Si me ven los del despacho...
Pero han de bajar conmigo.
FERN. Nosotros...
CAM. Me han de ayudar.
MIGUEL. Á qué?
CAM. Á subirlo oculto,
que si me ven mucho bulto
no me dejarán pasar.
MIGUEL. No va á ser mala revista
la que pasemos.
CAM. Y mesa?
MIGUEL. Eso importa poco, en esa
quereis repasar la lista? (Lee.)
Huitres... Patté de fois-gras,
Jambon... Bisqué de ecrevises,
Hommellet... Perdraux roties,
Entre-cotte... Langue...
FERN. Y qué más?
(Irónicamente.)
MAR. Yo, por mi parte, prefiero
dejarlo á vuestra eleccion.
FERN. Pues yo pido una racion
de intérprete lo primero.
MIGUEL. Que todo en broma lo tome.
FERN. Pero, chico, no lo ves?
El que no sepa francés
nunca sabe lo que come.
MIGUEL. Vamos. (Disponiéndose á salir.)
MAR. Que con bien llegue.
FERN. Te digo que es un bromazo.
MIGUEL. Anda... (Se cogen del brazo para salir.)
FERN. (Menudo esquinazo
va ser el que yo te pegue.)

ESCENA IV.

LUISA y MARIETA.

LUISA. Gracias á Dios... Pero, temo...
(Se va á quitar la careta y se detiene.)
MAR. No, tardarán en venir.
LUISA. Tardarán? (Se quitan la careta.)
MAR. Sí, tienen que ir
á salir al otro extremo.
LUISA. Jesús...
MAR. Tendrá usted calor.
LUISA. Gracias que me refresqué,
(Se mira y arregla al espejo, colocado enfrente de la entrada del palco.)
mientras tomaban café,
un poco en ~~su~~ tocador. el
MAR. Quiere usted mi borla?
(Dándole una cajita de bolsillo de polvos.)
LUISA. Sí.
MAR. Quédese con ella. (Se da polvos.)
LUISA. No.
MAR. Si debo de tener yo
otra caja por aquí. (Buscan en los abrigos.)
LUISA. ¿Otra caja?
MAR. Sí, aquí está.
Qué llamará la atencion (Ruido de máscaras.)
de aquel palco? (Va al foro y caen las cortinas.)
FERN. La ocasion
(Entra Fernando con sigilo y deja el sombrero, avanza á Luisa, y al reconocerla, retrocede, tropieza y aplasta el sombrero.)
la pintan calva... ¡Eh!
LUISA. (Volviéndose.) ¡Ah!

ESCENA V.

LUISA, FERNANDO, luégo MARIETA.

FERN. Señora... Usted aquí con...
LUISA. Silencio.

Mas no sabré.

FERN. Como hable usted...

LUISA. Callaré.

FERN. Como me haga usted traicion ..

LUISA. Señora, yo la aseguro...

FERN. Si algo sabe...

LUISA. La prometo...

FERN. Mas...

LUISA. Sé guardar un secreto.

FERN. Me lo jura usted?

LUISA. Lo juro.

FERN. Bravo... Señora coqueta.

MAR. (Marieta que se asoma entre las cortinas.)
Muy bien, señor don Fernando,
se estaban aprovechando
de mi distraccion.

FERN. Marieta,
tales bromas no tolero.

LUISA. (Ap.) Callará.)

MAR. Qué, se ha enfadado?

FERN. Yo he vuelto porque he olvidado,
he olvidado... Mi sombrero.
(Cogiéndole y tratando de arreglarle como si fuera un clac.)

MAR. El sombrero, bueno está.

FERN. Como mi clac no he traido,
esto en clac he convertido.

MAR. Tiene gracia, já, já, já.

FERN. Ahora me vuelvo á buscar
á Miguel. (Menudo lío.
La que se va á armar, Dios mio!
Jesús la que se va á armar.) (Se va.)

ESCENA VI.

LUISA y MARIETA y MOZOS que ponen la mesa y se van cuando han concluido de ponerla.

MAR. La ha visto á usted.

LUISA. No, mas poco
faltó.

MAR. Verá usted. Se echa
(Corre el pestillo del palco.)
el pestillo y no hay cuidado.
(Se oye andar en la puerta.)
LUISA. Creo que andan en la puerta.
MAR. ¿Quién será? (Abre.) Nadie, los mozos.
Ya puede estar descubierta.
(Entran dos mozos y ponen la mesa.)
Y el señorito?
MOZO. Está abajo
eligiendo las botellas.
Mar. ¿Se ha divertido usted mucho?
LUISA. Muchísimo.
MAR. Y yo. La idea
de venir al baile, creo
que ha resultado...
LUISA. Muy buena,
y espero ha de ser mejor.
MAR. Tiene usted alguna nueva
intriga entre manos?
LUISA. Sí.
MAR. Pues si el Marqués lo supiera!...
LUISA. Le tendrá tan sin cuidado
como á mí de que lo sepa.
MAR. Sabe usted lo que voy viendo?
LUISA. Qué?
MAR. Que está usted mas resuelta
que esta tarde.
LUISA. Sí, tal vez.
MAR. En cuanto tome usted tierra.
LUISA. Ya la voy tomando.
MAR. Así
es como yo quiero verla.
Una mujer como usted
no debe de estar sujeta
á un hombre, pues no merece
ninguno que se les quiera.
LUISA. Estoy conforme.
MAR. Yo siempre
tengo alguno de reserva,
porque como á lo mejor
suelen pegar media vuelta.

LUISA. Me parece bien pensado.
MAR. Yo ya conozco la tela.
LUISA. ¿Y quién es ahora?
MAR. Fernando.
Ya se lo dije, me asedia.
LUISA. Y tan amigos!...
MAR. Parece
que vive usté en las Batuecas.
Pues siempre son los amigos
los que estas cosas enredan.
Y es natural... Ellos son
los mismos que nos presentan,
nos elogian, nos alaban,
hacen que nazcan ideas,
aún en el que ménos piense,
de intentar hacer la prueba,
y un dia tras otro dia
tanto el árbol se menea,
que al fin si llega el momento
en que madura, se encuentra
la fruta, cae, y al caerse
la coge el que está más cerca.
LUISA. Es verdad.
MAR. Pues no qué no?
Ademas que Miguel tiene
una contra.
LUISA. ¿Cuál?
MAR. Que sea
casado.
LUISA. ¡Ya!
MAR. Es un fastidio,
porque al cabo le sujeta.
LUISA. Pues no debe de ser mucho.
MAR. La conoce usted á ella?
LUISA. ¿Á quién?
MAR. Á, á... su mujer.
LUISA. Á su?... Sí.
MAR. Qué tal, es fea?
LUISA. No, lo que es fea no es.
MAR. Pero es hermosa?
LUISA. Tal piensan
todos los que la conocen.

MAR. Sí. Y usted, qué tal la encuentra?
LUISA. Yo: no he formado opinion.
MAR. Tengo una gana de verla!
Pero, debe de ser tonta.
LUISA. Tonta, eh? (Con intencion.)
MAR. Si no lo fuera,
no habría dado lugar
á lo que la pasa.
LUISA. Ella
es la que tiene la culpa.
MAR. Pues claro, si hablar la oyera
del matrimonio.
LUISA. Y qué dice?
MAR. Qué se yo, lo que él inventa.
LUISA. (Yo le haré hablar esta noche.)
MAR. Pero llegará la cena?
(Se acerca á la puerta y ve llegar á Miguel, y volviéndose á Marieta dice.)
Ya está de vuelta Miguel,
póngase usted la careta.

ESCENA VII.

DICHAS y MIGUEL con el mozo, luégo FERNANDO.

MIGUEL. No nos ha costado poco
llegar aquí. (Á los mozos.)
Á ver, la mesa.
(Cogen la consola y la ponen en el centro.)
MAR. ¿Y Fernando?
MIGUEL. Se ha portado,
se larga y sólo me deja; (Entra Fernando.)
vamos, hombre. (Á Fernando.)
FERN. (Desdichado.) (Mirándole)
No haberle dado el alerta.
MIGUEL. Pero, que haces, ayuda,
(Á Fernando, le da dos platos, él sigue mirando á Luisa)
poner aquí las botellas. (Debajo de una silla.)
Sólo hay dos platos por barba.
FERN. Ya sólo media docena. (Deja caer dos platos.)
MIGUEL. Pero estás empecatado?

LUISA. Disimulo. (Á Fernando.)

MIGUEL. Con qué flema
te estás, hombre, ayúdame.

FERN. (Pobrecillo, si supiera.)

MIGUEL. Bien. (Al mozo.)

MOZO. Ya avisarán ustedes
cuando concluyan. (Se van.)

MIGUEL. Sí. Ea,
al asalto; pero, chico.
¿Qué te pasa? (Á Fernando que está distraido.)

LUISA. (Me da pena
(Mirando á Fernando.)
el ver la cara que pone.)

MIGUEL. Aquí Fany, aquí Marieta.
(Señalando los puestos. Él va á colocarse en medio, y Fernando le quita la silla y le pone al lado de Luisa, de modo que queden ellas de frente, y ellos uno á cada lado.)

FERN. Y tú allí.

MIGUEL. Corriente, gracias.
(Al fin y al cabo te entregas.)

FERN. (Sí, nada, me he convencido,
doy por perdida la apuesta.)

MIGUEL. (Muy pronto me cede el campo;
diablo, si sabrá que es fea
y estaré yo.)

LUISA. Es divertida
la situacion.

FERN. Con qué idea
viene esta mujer aquí,
el demonio que lo sepa.

MAR. Pero nos servís... ó no.
(Se ha sentado la primera.)

FERN. Sí. (Les sirven.)

MIGUEL. ¿Jerez? (Á Luisa.)

LUISA. Yo no.

MIGUEL. (Á Marieta.) Y tú?

MAR. Venga.

MIGUEL. Pero mujer, tú no bebes! (Á Luisa.)

MAR. Beba usted, que el vino alegra. (Á Luisa.)

MIGUEL. Anda, sírvenos, Fernando, (Á Fernando.)
pero no comes?

FERN. Sí...
MIGUEL. (Señalando á las botellas.) Aquella
es de bayo, ábrenosla.
(Fernando se dirige á donde están las botellas.)
MAR. La langosta está muy fresca.
¿Verdad?
LUISA. Sí.
MIGUEL. (Á Luisa.) (Pues mucho más
es tu boca.)
FERN. Y la requiebra,
si supiese.....
MAR. (Riendo.) Mira, mira,
me parece te interesa
mi amiga más de lo justo,
y si me vienes con esas
pronto tomo la revancha.
FERN. Aquí está ya la botella. (Rápidamente.)
MAR. Venga.
LUISA. ¿Conque eres casado? (Con intencion.)
MIGUEL. Por desgracia.
FERN. ¡Santa Tecla!
(Vuelve la cabeza y Fernando que está sirviendo vino á Marieta se lo vierte sobre el vestido.)
MAR. Pero, hombre, qué está usted haciendo?
Vaya, pues me ha puesto buena.
FERN. No, si no es mancha.
(Se levantan para limpiar el vestido de Marieta.)
MAR. No, nada,
en haciéndose otra nueva.
MIGUEL. Tú estás en babia esta noche.
FERN. (Ojalá que lo estuviera,
no en babia, mucho más lejos)...
MIGUEL. ¿Qué tienes? La servilleta
puede servir.
(La secan el vestido con la servilleta.)
MAR. Bah, dejarlo.
FERN. Lo que es hoy se me indigesta
cuanto coma. Y ese hombre
(Vuelven á colocarse en sus sitios.)
no hace caso de mis señas.
MIGUEL. Hice la barbaridad
de casarme.

Aprieta, aprieta.

FERN. Y me ahorqué. (1) ¡Ay! pero, hombre,

MIGUEL. que me has deshecho la pierna.

Pero, por Dios.

MAR. Lo que siento

FERN. es no sacarte la lengua.

LUISA. Fernando, está usted nervioso?
(Con intencion.)

FERN. Algo...

MAR. Vaya una faena
que trae.

MIGUEL. Lo que estás hecho
es una devanadera,
conque estate quitecito,
porque, chico, me mareas.

FERN. Te mareo... Bueno, bueno.

LUISA. Y tu mu jer tan agena
como estará!

MIGUEL. Sí, durmiendo
de seguro á pierna suelta.

FERN. ¡Ójala!

LUISA. Pobres mujeres.

MAR. Si estos son una caterva...

MIGUEL. Pero, quién tiene la culpa
de lo que las pasa? Ellas.

LUISA. ¿Ellas?

MIGUEL. Pues claro.

FERN. (Este hombre
no sabe lo que se pesca.)

MAR. (Á Fernando.) Pero tiene usté hormiguillo?

FERN. Es que una bota me aprieta.

LUISA. Conque ellas!

MIGUEL. Sí... Con muy raras
excepciones de la regla,
mientras son novias, muy bien,
muchos halagos, ternezas,
estudiando sin cesar
de agradarle la manera;

---

(1) Fernando da un puntapié por debajo de la mesa á Miguel. Queda á la discrecion del actor continuar haciendo señas durante la escena segun marque el diálogo.

pero se casan, y adios,
se quedan tan satisfechas
creyendo que han concluido
casualmente cuando empiezan.
Ya el amor es un deber...
(Á Fernando.) ¿Pero, por qué me haces señas?
Se han unido para siempre;
no hay miedo de que se vuelva
atrás, para qué fingir?
Arrójanse las caretas,
y poco á poco los dos
sus cualidades ostentan,
que entónces se ven las malas
oscureciendo á las buenas.

LUISA. Algo hay de verdad en eso;
mas, qué han de hacer?

MIGUEL. Buena es esa.
Una mujer de talento
que ame á su esposo de veras
debe saber que el amor
de ilusiones se alimenta,
y que cuando éstas se acaban
corre á buscar otras nuevas.

LUISA. Es tan difícil!

MIGUEL. Difícil!

LUISA. Y si no saben?

MIGUEL. Que aprendan;
ademas, que no hay mujer
de cierta edad que no sepa
cómo se puede agradar;
mas como le consideran
muy segurito al casarse.

FERN. Y así suceder debiera
si cumplieran sus deberes.

MIGUEL. El amor no se sujeta
por deber sino por gusto,
y se ahoga entre cadenas.

FERN. No tienes razon.

MAR. La tiene.

MIGUEL. Si hay mujer que se pelea
catorce veces al dia
con su marido, ó le lleva

cuenta exacta de sus pasos...
Á un hombre pedirle cuentas!
Pues, digo, la que se pasa
llorando la vida entera,
ó la que la dan ataques.

LUISA. Es verdad que hay muchas de esas.

MAR. Ya lo creo.

FERN. Mas no todas.

MIGUEL. Qué extraño es que les suceda
lo que evitar no supieron?

Fern. (Con intencion.) Hay que vivir muy alerta.

LUISA. Pero si ellas comprendiesen
el modo de hacer...
(Movimiento en Marieta y Fernando durante la escena.)

MIGUEL. Que sepa
la mujer que el matrimonio
sagrados derechos crea,
pero sobre esos derechos
está la naturaleza,
el capricho, la pasion,
que por casarse no deja
un marido de ser hombre,
que tiene que ser coqueta
con esa coquetería
que la moral no reprueba,
que impida que su marido
vaya á buscar en la agena
los goces y los placeres
que ya en su casa no encuentra,
que no se aburra á su lado,
que no es bastante ser buena,
que entre el placer y el hastío
nadie el hastío eligiera.

MAR. Vaya, si seguís hablando
de cosas tan indigestas.

MIGUEL. Tiene razon.

FERN. Pero conste
que tu mujer es muy bella,
y buena y...

MAR. (Á Fernando.) Para este entierro
á usted quien le ha dado vela.

FERN. Yo la conozco muy bien
y debo de defenderla.
MIGUEL. ¿Y quién la ataca?
MAR. Está claro.
MIGUEL. Yo sólo hablo de la regla
general, sin referirme
á una persona concreta.
Por lo demás mi mujer
no necesita defensa,
porque ni al aire tolero,
que si la toca la ofenda.
LUISA. (¡Oh!)
MAR. Muy bien. (Irónicamente.)
FERN. (Gracias á Dios
que ha dicho una cosa buena.)
MIGUEL. Es muy distinto que yo
como jóven me divierta,
aunque procurando siempre
que mi mujer no lo sepa,
á que no haga respetarla
si alguno no la respeta.
LUISA. (Aún no está perdido.)
FERN. Yo
no he querido.
LUISA. Soy sincera,
á mí no me bastaría
un cariño tan á medias.
MAR. Quieren hacerme el favor
de terminar ese tema,
porque es muy poco agradable
y ya el Champagne nos espera.
MIGUEL. Tiene razon, á beber, (Se levantan los dos.)
vamos chico, á la bodega. (Á Fernando.)
Coge una botella de Champagne.
Trae ese cuchillo.
FERN. Toma.
(Le da un cuchillo y Miguel se dispone á abrir una botella de Champagne.)
MIGUEL. Montebello de primera.
No saltará, no hace falta
(Las dos señoras se llevan las manos á las orejas

para taparse los oidos.)
que se tapen las orejas.

MAR. Ay! he perdido un pendiente,
un solitario.
(Dejan las botellas y las copas.)

MIGUEL. De veras?

LUISA. Á ver si está por aquí. (Buscando por el palco.)

FERN. No.

MAR. Por qué?

FERN. Tengo certeza
que no traía pendiente
cuando subió la escalera
de mi brazo... Me fijé
y no ví.

MAR. Usted lo recuerda?

FERN. Con seguridad.

LUISA. Entónces...

MAR. Y quién ahora lo encuentra?

FERN. Tal vez en el tocador.

Luisa ~~MAR.~~ Quizás.

MIGUEL. De todas maneras
hay que encargar que lo busquen.

LUISA. Está claro.

MAR. Y dar las señas.

FERN. Quiere usted que la acompañe?

MAR. Con mucho gusto.

MIGUEL. (Qué pérdida
tan oportuna.)

MAR. ¡Dios mio!

MIGUEL. (Á Fernando.)
(Tarda un poco en dar la vuelta.)

FERN. (Bien... Que se arreglen solitos.)

LUISA. Me alegraré que aparezca.

MAR. Vamos...

FERN. Vamos... (Le da el brazo.)

MIGUEL. (Apretándole la mano.) (Muchas gracias.)

FERN. (No es mala la que te espera.)
(Miguel corre con disimulo el pestillo á la puerta del palco.)

ESCENA VIII.

LUISA, MIGUEL cierra el pestillo disimuladamente.

LUISA. ¡Pobre Marieta! Lo siento.
MIGUEL. Asi nos dejan en paz.
LUISA. ¡Calle usted!
MIGUEL. El antifaz
no admite ese tratamiento.
LUISA. Bueno.
MIGUEL. Mil veces bendigo
esa pérdida...
LUISA. Qué idea!
MIGUEL. Siempre que la causa sea
de estar á solas contigo!
(Se sienta á su lado.)
LUISA. Pero cómo he de creer...
MIGUEL. ¿Por qué?
LUISA. Si eres un veleta.
MIGUEL. ¡Veleta!
LUISA. Claro, y Marieta?
MIGUEL. Marieta! Por Dios mujer!
á tí y á mí nos ofendes
tan sólo con aceptar
que es posible comparar.
LUISA. No comprendo.
MIGUEL. ¿No comprendes?
LUISA. Marieta es hermosa y yo
aún no sabes como soy.
MIGUEL. Pero ahora á saberlo voy.
(Le quiere quitar el antifaz, ella se levanta y va hácia la puerta.)
LUISA. Con juicio ó me marcho.
MIGUEL. No,
no te vayas.
LUISA. Pues cuidado.
MIGUEL. Solemnemente prometo
estarme quieto, muy quieto;
Pero siéntate á mi lado. (Se sientan.)
(Anduve un poco de prisa.)
LUISA. Que fácilmente te inflamas.

MIGUEL. Fany, no, tu no te llamas
Fany.
LUISA. Me llamo Luisa.
MIGUEL. ¿Luisa?
LUISA. Por qué así te deja?
Que hay en ello que te asombre?
MIGUEL. Porque has pronunciado un nombre...
LUISA. De alguna otra historia añeja.
MIGUEL. No, más hablemos de tí.
LUISA. ¿De mí? (Descubre el pie.)
MIGUEL. Qué pie, Jesucristo,
tan pequeño no le he visto.
LUISA. ¿De verás?
MIGUEL. Lo juro.
LUISA. ¿Si?
Pues Marieta.
MIGUEL. Por favor
te digo que la dejemos.
LUISA. Y de qué quieres que hablemos?
MIGUEL. De qué?
LUISA. Si.
MIGUEL. De nuestro amor.
LUISA. Já! já! já! Pues hay es nada.
MIGUEL. Puedo tan dichoso ser
si quieres.
LUISA. No puede ser.
MIGUEL. Por qué?
LUISA. Porque soy casada.
MIGUEL. Casada, está bien, y qué!
mejor.
LUISA. Vaya unas teorías.
MIGUEL. Si fuese cierto estarías
de este modo!
LUISA. Puede.
MIGUEL. ¡He!...
Y es el marido celoso?
LUISA. Á celarle á él he venido.
MIGUEL. Á celar...
LUISA. Á mi marido.
MIGUEL. (Si estaré yo haciendo el oso.)
Bah. No te creo.
LUISA. Es formal.

MIGUEL. Pues no te quiero creer!
LUISA. Bueno, si tú lo has de ver.
MIGUEL. Que yo lo he de ver!
LUISA. Cabal.
MIGUEL. Si es así le tengo envidia,
porque en tí tiene un tesoro.
LUISA. Sí, pues mira, yo le adoro,
y él me hace cada perfidia...
MIGUEL. Sí?...
LUISA. Lo que oyes, me es infiel.
MIGUEL. De verás...
LUISA. Qué te parece?
MIGUEL. Que por imbécil merece
que se lo seas tú á él.
LUISA. Mas y el mundo, y la opinion,
y lo qué dirá la gente?
MIGUEL. Nada, hija, diente por diente.
LUISA. Pero...
MIGUEL. Traicion por traicion.
LUISA. Faltar así á mi deber!
MIGUEL. Él fué quien ántes lo ha hecho.
LUISA. Mas...
MIGUEL. Igual es el derecho
del hombre y de la mujer.
LUISA. (Va á conseguir que me ria.)
MIGUEL. Y siendo tan hechicera
como tú, que el alma diera
por conseguir fueses mia,
Tú sabes cuanto interesas
(La coge la mano y se la va acercando poco á poco á la boca hasta besarla.)
tan sólo con escucharte?
Sí, sin verte hay que adorarte.
LUISA. (Besa que lo tuyo besas.)
MIGUEL. Si deslumbran los reflejos
de tus ojos. Si adivina
el alma que eres divina.
LUISA. Bien, pero un poco más lejos. (Retirándole.)
MIGUEL. Permíteme que te vea.
LUISA. No.
MIGUEL. Déjame descubrir...
LUISA. Que te vas á arrepentir.

MIGUEL. (¡Demonio, si será fea!)
LUISA. Una cosa sí te digo
que te debe de bastar.
MIGUEL. ¿Cuál?
LUISA. Que si llego á faltar
juro que será contigo.
MIGUEL. Luisa mia.
LUISA. Yo te ofrezco...
MIGUEL. Pero me juzgas capaz
de sufrir que el antifaz...
(La descubre, situacion.)
LUISA. Vamos, qué tal te parezco? (Pausa.)
Me juzgabas muy dormida.
MIGUEL. Pero, eres tú?
LUISA. Sí, yo soy,
y ya verás desde hoy
cómo pasamos la vida.
MIGUEL. Yo creo que esto es soñar.
LUISA. No, hijo mio, estás despierto.
MIGUEL. Tú en este palco.
LUISA. Y te advierto
que no hemos de regañar,
no vengo á armarte una escena,
he querido conocer
esta vida de placer
que me parece muy buena,
siempre de goces en pos
no hay quien su influjo resista,
mas no seas egoista,
vamos á hacerla los dos.
MIGUEL. Basta ya, no puede ser
que tú sepas lo que has hecho.
LUISA. No tienen igual derecho
el hombre que la mujer?
MIGUEL. Que yo falte no es razon.
LUISA. Eres muy inconsecuente,
tú has dicho «diente por diente.»
MIGUEL. Luisa!
LUISA. Traicion por traicion.
Ese ha sido tu consejo,
no tienes por qué enfadarte,
si te hallas feo al mirarte,

qué culpa tiene el espejo.

MIGUEL. Harás que me vuelva loco.

LUISA. Hijo, tú tendrás la culpa.

MIGUEL. Es que ni aún eso disculpa
que estés aquí.

LUISA. Poco á poco.
Por un azar que ahora callo,
pues ya te lo contaré,
y del que culpable fué
mi cochero ó tu caballo:
en un hotel me metieron
de la calle de Ferraz,
y tomándome por Paz
todo tu plan me dijeron.
Me invitaron, resistí,
dudé, luché con teson,
mas fué tal la tentacion
que al fin y al cabo cedí,
y sabes por qué lo hacía,
porque saber deseaba,
qué, á mi marido, faltaba
en su casa.

MIGUEL. Luisa mia.
(Va á abrazarla y ella le rechaza.)

LUISA. Quizás, no fué la manera
mejor, lo he de confesar,
poder ante tí pasar
por una mujer cualquiera;
mas, si corrí esta aventura,
fué, porque me prometí
no separarme de tí,
y estando de sí segura,
puede una atreverse á todo,
que, la que sabe pisar
puede, sobre el lodo andar
sin que la salpique el lodo.
(Pausa en la que Miguel se acerca hasta arrodillarse delante de ella.)

MIGUEL. Comprendo bien tus razones,
Pero, me perdonas?

LUISA. Bah,
estás perdonado ya.

(Se levanta rápidamente.)

MIGUEL. Pero hija, qué te propones?
LUISA. Me lo preguntas á mí?...
Á tus caprichos me ajusto,
esta vida es de tu gusto,
pues viviremos así.
MIGUEL. Luisa, la cuestion es seria.
LUISA. Si yo hubiese comprendido
que todo está reducido
al placer de la materia,
que basta con ser hermosa
para que el más caballero
mida con igual rasero
á la amante y á la esposa...
MIGUEL. Haces mal si tal presumes,
que si la mujer es flor,
una mujer sin pudor
es una flor sin perfumes,
la que es bella solamente
mustia se tira en el lodo,
pero la otra seca y todo
llena de aroma el ambiente. (Transicion.)
LUISA. Pues que bien aprovechada
la leccion por los dos sea;
por mí, por aquella idea
sobre la mujer casada;
por tí para ver de lejos
todos los frutos prohibidos,
porque, infelices maridos,
si se adoptan tus consejos.
MIGUEL. Juro desde este momento (Abrazándola.)
solo para tí vivir.
LUISA. Para esto la ha de servir
á la mujer el talento;
pues yo de hoy en adelante
te prometo que he de ser
para el mundo tu mujer
para tí sólo tu amante.
(Telon rápido.)

FIN DE LA COMEDIA.